Una política sin "optimismo antropológico"

CARLO GAMBESCIA
Liberalismo triste. Un recorrido de Burke a Berlin
Encuentro, 2015. 206 páginas.

Tras haber pasado en unos años del "optimismo antropológico" a la voluntad directa de "asaltar los cielos", el liberalismo declinado por Carlo Gambescia (Roma, 1954) bien puede leerse como un contraveneno frente a las políticas que "conocen los medios para salvar al género humano". No en vano, si la primera edición -bien traducida y bien prologada- del profesor italiano en nuestra lengua ofrece una parada en las distintas estaciones del pensamiento liberal, no deja de ser especialmente estimulante en lo que tiene de anatomía del pensamiento de matriz iliberal. Así, frente al realismo político de erigirse en "centinela de los hechos", los utopistas de la reacción o de la revolución no vienen sino a afirmar "la creencia en que es posible salvarse del mal del mundo cambiando el orden del ser (...) a través de un proceso histórico del que, a partir de un mundo malo, debe salir un mundo bueno". Como hoy mismo estamos viendo, de España a Grecia, el hecho de que la realidad tienda a vengarse de quien intente negarla no vendrá sino a alimentar ese sueño del revolucionario que es la revolución permanente. Y -como igualmente vemos estos días- la capacidad para reducir a simpleza los problemas de la política les habilita para unas respuestas que, igualmente simples, no pueden sino encontrar la complicidad de una gran audiencia.

Conocedor, con Jouvenel, de que lo público presenta problemas insolubles, Gambescia bien podría haber firmado, con Oakeshott, que los planteamientos inherentemente imposibles -todos esos mundos de felicidad voluntariosa que nos venden- constituyen en sí mismos una empresa perversa. Al fin y al cabo, no podemos cambiar "el fuste torcido de la humanidad", ni podemos sustraernos a la observación de "la corrupción y la caducidad de las obras humanas". Y la "roca dura" de la realidad política no solo nos impide caer en el determinismo de quienes piensan que la historia camina de su lado, sino que nos obliga a mirar el poder como una ponderación de intereses contrapuestos "al alcance de quien tenga la imaginación del desastre".

Hay ya aquí algunas nociones del liberalismo *non ridens* que postula Gambescia, y cuya genealogía remonta -extraña poco- hasta Hobbes, en una estirpe que se perpetuará con Burke y Tocqueville, con Ortega y Aron, con Freund y Röpke hasta llegar a Isaiah Berlin. Para Gambescia, esta línea, afecta a "la sabia melancolía que proviene del reposado conocimiento de las constantes de la política y la metapolítica", se opone al libertarismo "despolitizado y satisfecho" de un Hayek o un Fukuyama, al tiempo que se distancia de los postulados libertarios y de unos defensores

del intervencionismo ya cercanos a la socialdemocracia redistributiva. Partidario tanto del mercado como del Estado en tanto que "imperativos permanentes de la política", el *liberalismo triste* tendrá por rasgo distintivo la necesidad burkeana de "compensar, reconciliar y equilibrar". Asimismo, buscará un "sentido de la realidad" que no es una doctrina más, sino una mediación de la inteligencia política entre la metafísica y la historia, la teoría y el impulso de acción y decisión inescapable a lo político. Röpke lo cifró con acierto cuando habla de "someter los hechos a las ideas".

Este liberalismo "melancólicamente consciente" limita, por tanto, las expectativas de la política. Considerada, al cabo, como expresión del "poder nudo del hombre sobre el hombre", su viabilidad superior estará, con Hobbes, en remediar los perjuicios que puede causar a los hombres la "trágica libertad" de sus apetitos cruzados. Y si este rasgo fundacional abona un respeto de la autonomía del individuo y las tolerancias propias de nuestras sociedades abiertas, exigirá a su vez del mandatario una "sobria ética de la responsabilidad". Es la política tomada -dice Gambescia- como el *phàrmakon* griego: triaca o veneno según la dosificación, lo que recomienda "una prudente circunspección" en su manejo, toda vez que la voluntad de originalidad e innovación puede convertirse en "víctima de las necesidades de la experiencia y la *pesanteur* de lo político". Si estamos condenados a vivir en su realidad y a tomar decisiones conformes con ella, nuestro margen de maniobra se reduce a "mandar sobre la política al tiempo que obedecemos sus leyes": no podemos suprimir el poder del hombre sobre el hombre, pero sí podemos transformar el veneno de la política en un fármaco capaz de sofrenar el abuso de poder.

Antiutópico y grave, sabedor de la ineluctabilidad de lo político, el liberalismo melancólico de Gambescia no es ajeno a nuestra capacidad de "mal radical" ni al conocimiento de la provisionalidad de las conquistas sociales. Ese mismo realismo, sin embargo, lejos de asomarnos tan solo a la decadencia, es lo que nos permite también valorar en su justa medida "el fulgor de la civilización". Y, de paso, nos insta a valorar la magna obra de un liberalismo que, con su prudente vigilancia, no solo sustituyó las balas (*bullets*) por los votos (*ballots*), sino que, en su operatividad histórica, ha ido reduciendo los espacios de colisión del poder del Estado con la conciencia moral del individuo.

Si el volumen de Gambescia no busca la exhaustividad en su trazado de las distintas escuelas liberales, y si algunos de sus decursos -por ejemplo, los atinentes a la capacidad de exportar el ideario liberal como una "soberbia de la razón"- se quedan cortos, *Liberalismo triste* ofrece un gran estímulo: ofrecerse como una meditación sobre los límites de la política y los equilibrios entre autoridad y libertad. "La naturaleza del hombre es complicada, los fines de la sociedad son de la mayor complejidad", escribió Burke. Pero esta misma toma de conciencia del pecado original y la "roca dura" de la realidad política es la que, en último plazo, puede convertir en virtuoso el uso del poder y hacerlo susceptible de utilidad y grandeza. No es la política, ciertamente, como muestra Gambescia, el lugar de la utopía. Pero sí puede ser un lugar, como muestran tantos maestros liberales, para el vigor de la razón.

IGNACIO **PEYRÓ**